



PRETEXTOS LITERARIOS  
**POR ESCRITO**

*Cuento*  
*Poesía*  
*Fotografía*

EJEMPLAR GRATUITO  
ABRIL-MAYO  
2024



No. 49



BODAI  
YOGA

# Eleva tu práctica

*Amores 949, Del Valle Centro, 03100, CDMX. Segundo piso.*

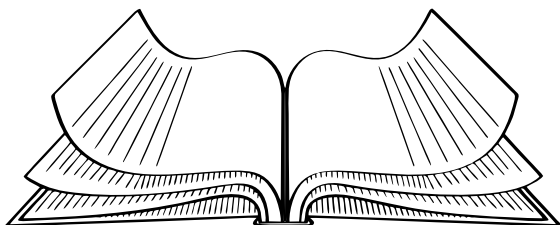
RESERVA

*A través de tu plataforma de preferencia*

**Fitpass, Gympass, TotalPass**

WA: 55 5217 0047

@bodaiyoga



**PRETEXTOS LITERARIOS**  
**POR ESCRITO**

**No. 49**

[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)



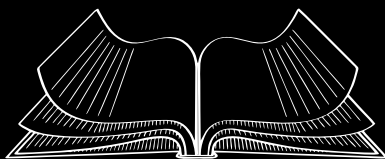


PRETEXTOS LITERARIOS  

---

POR ESCRITO

[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)



PRETEXTOS LITERARIOS  

---

POR ESCRITO

# ÍNDICE

## HABLANDO POR ESCRITO

### RITMOS

<i>Soñar</i>	
Beatriz Sandoval .....	7
<i>Viento inmóvil</i>	
María Macaya .....	8
<i>carta.</i>	
Salvador Galván .....	10
<i>Hasta la muerte</i>	
Beatriz Sandoval .....	11
<i>Sin título</i>	
Ricardo Plata .....	12
<i>¿Qué hay de malo en mí?</i>	
Ximena Daniela Suárez Rivera .....	14

### FIRMAS

<i>Sigfrido, el "superhombre" de Wagner</i>	
Fernando Montoya .....	17
<i>Copal y Tobalá tienen los ojos verdes</i>	
Andrea Fischer .....	20
<i>Perros bravos</i>	
Cecilia Durán .....	23

### IMAGINARIO

<i>La calor</i>	
Ignacio Navarro .....	30
<i>MSoTP «Void» [iDS] III</i>	
Alejandro Avila .....	30
<i>MSoTP «Void» [iDS] X</i>	
Alejandro Avila .....	31
<i>La muerte libre</i>	
Ignacio Navarro .....	31
<i>Sorpresa del saber</i>	
Gibrany Jazzmeleth Becerril Saenz .....	32

<i>MSoTP «Void» [iDS] XI</i>	
Alejandro Avila .....	32
<i>Flor en la solapa</i>	
Ignacio Navarro .....	33
<i>MSoTP «Void» [iDS] IV</i>	
Alejandro Avila .....	34
<i>MSoTP «Void» [iDS] VI</i>	
Alejandro Avila .....	34

## VOCES

<i>Cada mañana</i>	
Karen Van Der Plas .....	36
<i>Desgracias al desayuno</i>	
Sonia Ramón.....	37
<i>Los ojos de las brujas</i>	
Paola Picazo Salcedo .....	41
<i>Acuta Forcipe</i>	
Joni Vela.....	43
<i>Hotel Escandón</i>	
Manuel Jorge Carreón Perea .....	46
<i>Yakimeshi mixto con tampico</i>	
Mariana Torres Lomeli.....	50
<i>Mas allá del universo</i>	
Berenice Ramírez.....	53
<i>El gato ha muerto</i>	
Constanza Kaye .....	56
<i>Estática</i>	
Juan Miguel Bermúdez Ochoa.....	58

# Hablando por escrito

**E**n Pretextos Literarios Por Escrito creemos con fervor que las palabras son instrumentos poderosos. En ello sustentamos nuestro afán. Si pudiéramos analizar al microscopio la genética de las palabras, nos daríamos cuenta de que la cadena de integración es realmente vigorosa. Sí. Si pudiéramos, y en realidad ya lo hicimos. Nos imaginamos atisbando frente a una lente el material que las conforma. Como si ya lo hubiéramos hecho, conjeturamos colores, consistencias, sensaciones. Así de poderosa es la palabra. Nos convoca a lugares reales y ficcionales que expanden nuestro propio límite. Este poderoso material es elástico, lo mismo que nos hace crecer nos delimita. Nos define. El lenguaje es una señal de identidad que refleja quiénes somos, lo que pensamos y en aquello que creemos. Es la huella de nuestras elecciones y nuestras decisiones. La palabra es un vehículo de creación y en su dicotomía puede ser también todo lo contrario.

John Grinder y Richard Bandler destacan la importancia del lenguaje y la forma en que utilizamos las palabras para influir en nuestro pensamiento y comportamiento. La selección de nuestros vocablos y la forma en que los expresamos pueden tener un impacto significativo en nuestra percepción y experiencia del mundo. Así, las palabras debieran tratarse con cuidado, con delicadeza.

El escritor Jordi Sierra i Fabra sostiene con gran sabiduría que las palabras edifican y destruyen. Una palabra de aliento nos lleva a seguir adelante y una advertencia nos frena por completo. Una crítica puede destruir todo nuestro ímpetu creativo y una alabanza puede desatar universos infinitos. En general, muchas filosofías y enfoques de desarrollo personal reconocen el poder de las palabras para moldear nuestra realidad y creencias. La palabra es arma y herramienta. Ser conscientes de esta potencia tiene un efecto transformador en la forma en que pensamos, nos sentimos y actuamos. Si a través de la palabra creamos, entonces podemos inferir que, al hacer uso del lenguaje, la realidad es distinta a lo que era antes. Se mueve, la movemos. Nada permanece inmanente una vez que hemos hecho uso de la expresión. La gran noticia es que, sin querer o no, al usar las palabras nos estamos constituyendo en un ser creativo.

Creamos cuando hablamos, cuando escribimos y sí, también creamos cuando leemos. Todo inicia con una palabra, la belleza, la emoción, la sorpresa, las sensaciones, el pensamiento. Ahí empieza y seguro ahí llega a su fin. Los

humanos somos seres lingüísticos, por ello somos generativos y creativos. El lenguaje es acción y la ejercemos. La ejercemos a través de signos que ponemos en rotación.

Es así que el éxito de la aventura poética, la interrogación sobre las posibilidades de la encarnación de la palabra, la reconciliación entre el texto y lo que vivimos son la evidencia fehaciente que buscamos reflejar en cada una de las páginas de esta edición. Es por ello que en esta revista abrimos un espacio para que el lenguaje sea. Nuestro propósito es que las palabras tomen rumbo y logren llegar a su destino. Esa es nuestra vocación y es nuestro deseo ferviente que, a partir de las palabras elegidas para nuestros lectores, logremos esa transformación que nos lleve a experimentar esa plenitud extrema que da la potencia del lenguaje.

Con esta firme intención, con ustedes el número 49.

La editora general



*Para bien o para mal, Ignacio Navarro*



# Soñar

---

Beatriz Sandoval

---

Todos duermen la noche,  
pero no todos sueñan.  
Los sueños vagan,  
buscan la cavidad de un corazón  
que los abrace,  
que pueda recordarlos,  
contárselos a alguien.  
Todos los sueños cesan.



Carolina Gómez Cea

# Viento inmóvil

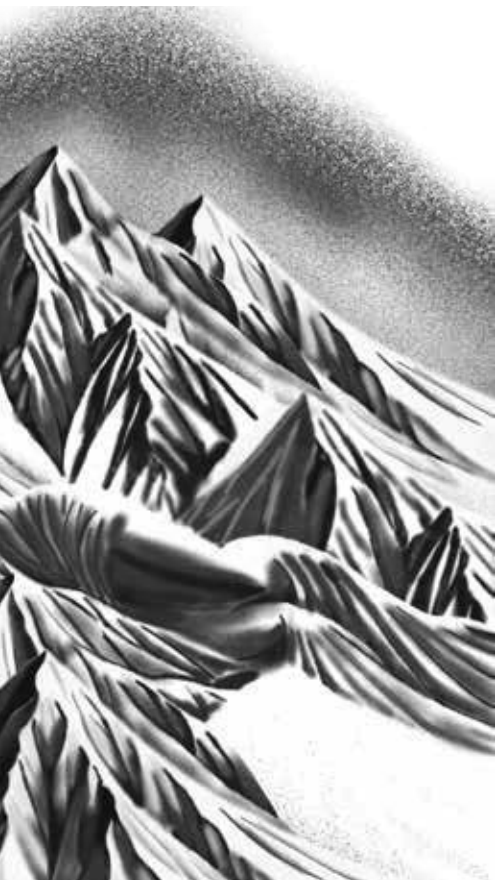
María Macaya

El cuerpo parece una momia.  
Está tapado por sábanas como cordillera blanca  
que es monstruosa columna vertebral,  
a lo largo de un país  
hecho exclusivamente  
de nieve y viento.

Pero este robusto monumento a los occisos  
no es más que el soplo de un segundo flojo,  
a las once y cincuenta y nueve,  
en una cama de hospital.

Un juego de toallas enrolladas le sostienen la cabeza y le cierran la quijada.  
No hay diferencia entre la tela de las mejillas y la palidez de los paños.  
El rostro es desierto y helado como cráter en la piel de la luna,  
los párpados, compuertas selladas por los siglos, definitivas.





Ivonne González

No sé qué función tienen las toallas;  
tal vez impedir que la cabeza se vuelque  
hacia un lado,  
como florero de porcelana lleno  
que bota el viento en tarde soleada  
y se rompe en pedazos y polvo de colores.

Es decir,  
evitar que se rieguen  
los sesos.

Cuando un árbol grande  
se desploma en medio del bosque  
queda en quietud obsoleta,  
sumido en la vibración y el estruendo  
de la caída dentro de sí.

Un cadáver yace solo.  
Los vivos se van y no se inmuta.  
Permanece;  
como viento inmóvil,  
hasta no más.

**carta.**

Salvador Galván

treinta y tres  
vertebras de acidia-  
córtame  
desde la raíz;  
escucha mi grito de raíz,  
mi voz de árbol atrapado  
en sus ramas.  
despójame de toda voz.

haz del agua en mi cuerpo  
un sueño de sangre.  
haz que comprenda  
que mi forma  
me traicionó.

haz de mí  
un ángel de palabras.



Carolina Gómez Cea

# Hasta la muerte

Beatriz Sandoval

Ya no será el amor  
reluciente en los rostros,  
dilatado en el aire.  
Ya no será el correr tras el abrazo,  
sino el rendir el cuerpo como ofrenda.

Ante el tiempo que acucia,  
cada día es más probable  
amar hasta la muerte;  
pero este poco amor que ya nos queda  
es entrega total.



Alicia Ramírez

# Sin título

Ricardo Plata

Harto de los signos de la noche,  
de los asteriscos  
que se anuncian como estrellas,  
camino por este barrio  
de ventanas y paredes  
carcomidas por el tiempo y los grafitis.  
Realmente cansado  
de la turbia especie de obscuridad,  
juego a preguntarme  
si mi sombra es igual de resistente  
que la construcción de mi cuerpo.  
Camino por estas calles,  
y la esperanza es una sonata  
que aúllan los perros,  
los hombres desconocidos cruzan la avenida  
para iniciar la batalla,  
la respuesta es levantar un grito  
como una bandera de furia,  
para que los nudillos hablen el idioma de los golpes,  
pienso en la madre del varón que golpeo,  
es la hora de la violencia  
y mis manos están cansadas  
y los puños se incrustan en las costillas.





Alicia Ramírez

Pienso en mi madre  
hablando al novecientos once  
preguntando por su hijo trigueño  
de un metro ochenta y tres,  
y pienso en la sangre de mi compañero  
como un ritual que se ofrece a la muerte.  
Cansado, realmente estático,  
se revela la fragilidad de mi espíritu,  
de mis dedos que responden  
como animal herido,  
de mi palabra que funda  
un templo de odio  
en este viento de madrugada.  
Pienso que en este barrio,  
sólo seré una anécdota  
una descarga de violencia  
cayendo de un gotero de alcohol.

# ¿Qué hay de malo en mí?

Xímena Daniela Suárez Rivera

¿Qué hay de malo en mí?

¿Qué hay de mal en mí, que te hace sentir la ausencia del deseo de nombrarme solo para ti?

De las mil y un imperfecciones que vi en el espejo por la mañana, ¿cuál decidiste que era la más escandalosa?

¿Qué me hace insuficiente para que no te hierva el humor con tanta alevosía que necesites más de mí?

Cuán harto debo tenerte, cuán solo debes sentirte en mi compañía, qué dolor te he provocado.

Y si me veo en el cielo de la noche, ya no soy la luna.

Y si me pienso en el día, ya no soy el mar.

Si la verdad me ha de deshonar y humillar tanto, la prefiero al agujero que carcome mi pecho, la venero antes de seguir con los vientos en el vientre.

¿Qué hay de malo en mí?



Carolina Gómez Cea



¡Revista *Por Escrito* te  
invita a su nuevo taller!



---

# TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

---

Para más información escríbenos:



[CONTACTO@PORESCRITO.COM](mailto:CONTACTO@PORESCRITO.COM)

CURSO DE

---

# ANTROPOLOGÍA LITERARIA

---

Para más información escribenos:

[CONTACTO@PORESCRITO.COM](mailto:CONTACTO@PORESCRITO.COM)



PRETEXTOS LITERARIOS  
**POR ESCRITO**

# Sigfrido, el “superhombre” de Wagner

Fernando Montoya

Después de muchos años de profundo estudio de la mitología y tragedias griegas, así como de una gran empatía, simpatía y excelente conocimiento de los ancestrales personajes que plagaron la mitología eslava y teutona durante milenios en la Historia de Occidente, Richard Wagner se decidió a acometer la composición de uno de sus ‘dramas’ más ambiciosos, paradigmáticos y delicados: “Sigfrido”.

El músico y literato, sentía una profunda necesidad por plasmar en una partitura todo aquello que, a su juicio, simbolizaba las mayores virtudes y los valores éticos, morales, literarios y musicales de la historia de la actual Alemania. ¿Podría un simple mortal (cantante-actor), ser merecedor de semejante misión y estar a la altura de la misma?

No en vano, sería el propio Wagner quien concibiese lo que posteriormente ha dado en denominarse “tetralogía” (o “trilogía con prólogo”), como una “síntesis de Arte total” (o “síntesis de todas las Artes”, como se prefiera). Dicha “síntesis” tenía como ejes principales de la trama argumental y del drama escénico a cinco personajes insustituibles y vertebradores de toda la “tetralogía”: *Siegfried, Brünnhilde, Siegmund, Sieglinde y Wotan*.

Siegfried (o Sigfrido, en su traducción al castellano), simbolizaba para Wagner lo que él mismo dio en llamar el “superhombre” o el “héroe” (un vocablo estéticamente más válido que el anterior), y que también utilizaría con el devenir del tiempo su distinguido compatriota Richard Strauss en su extraordinario poema sinfónico para orquesta titulado “Una vida de héroe”.

Para el compositor natural de Leipzig, Sigfrido se perfiló desde sus orígenes como un verdadero engranaje entre todos los ‘dramas’ que habrían de constituir, con el paso de varias décadas, el drama escénico-musical “El Anillo del Nibelungo”.

Debido a ello, el citado “Superhombre” debía reunir las mayores cualidades que un ‘héroe’ pudiese ostentar: vigor, virilidad, juventud, absoluto desconocimiento del miedo o del temor, y una importante misión que llevar a cabo: redimir a la valquiria Brünnhilde de su castigo (el célebre “círculo mágico” impuesto por su padre, el dios absoluto Wotan), valiéndose para ello de su valentía, determinación y, cómo no, del Amor como fuerza capaz de redimirlo todo. Él era el elegido para devolver el anillo robado por el codicioso y malvado nibelungo Alberich a las *ninfas del Rin*, las verdaderas y únicas guardianas del equilibrio reinante en la Naturaleza entre las diferentes razas existentes, y muy en especial las encargadas de preservar

de toda codicia a dioses y hombres en su afán por la posesión del anillo mágico de poderes sobrenaturales.

La tarea que se había autoimpuesto Wagner era harto compleja: a las características intrínsecas al “superhéroe” ya señalado, deberían sumársele las condiciones vocales más extraordinarias posibles de la época, y encontrar todas estas en un mismo cantante.



Kevin Romero

El genio de Leipzig siempre hizo un brutal hincapié en la necesidad de encontrar a un cantante (tenor) con un timbre de voz algo juvenil a la vez que viril, rotundo en los graves, profundo y potente en la emisión en el registro medio, así como capaz de alcanzar ciertos sobreagudos difíciles para un tenor convencional sin grandes dificultades. De ahí que se acuñase una expresión —con mayor o menor fortuna—, que ha pasado a la historia de la partitura wagneriana: la figura del ‘tenor heroico’.

Estructuralmente el “Idilio de Sigfrido” es una especie de “collage” formado por diferentes escenas de la Tetralogía “El Anillo del Nibelungo”, especialmente de la segunda jornada. Sigfrido, aunque el tema principal es la consecuencia del “motivo de la mirada”, leitmotiv motor de “Tristán e Isolda”.

Existe pues, un vínculo muy estrecho que une la obra wagneriana, tanto en lo estrictamente musical como en lo psicológico. Fue la cruzada de Wagner, la proclamación del Amor Trascendente, y para ello recurrió a la mitología post-romana, cobrando nuevamente un sentido universal e intemporal. Por tanto, el “Idilio de Sigfrido” representa la síntesis del ideal wagneriano; es “Tristán e Isolda”, “Lohengrin”, “Tannhäuser”, el “Anillo”. El “Idilio” cierra el ciclo, “Parsifal” es la consecuencia de acceder al Amor; alcanzar el Conocimiento. Y el camino para alcanzarlo va hacia adentro; es la reconciliación con el Alma-Isolda- Brunnhilde. Es la redención por el Amor.

El mito de Tristán, al igual que el de Sigfrido, conduce al interior de la psique humana, en un claro debate entre el Amor romántico y el Amor espiritual.

El “Idilio de Sigfrido”, compuesto hace casi 130 años, toma vigencia y, como el resto de las manifestaciones que alcanzan el rango de Arte, se convierte en atemporal.

# Copal y Tobalá tienen los ojos verdes

Andrea Fischer

## I

Copal y Tobalá tienen los ojos verdes. No necesitan hablar entre sí para entenderse. Con un movimiento corto y punzante de rostro, de nariz, es suficiente. Serpentean la columna vertebral para saltar de un lado a otro, y aterrizan sin hacer ruido. Al caminar, es como si no estuvieran ahí, o como si trenzaran sus pasos con el viento: no se escucha. Tampoco hace falta.

## II

Tobalá es un tipo de maguey para hacer mezcal. Copal, un árbol sagrado de las tierras zapotecas. Los brazos del maguey son azules y frondosos, como si salieran de la Tierra con un grito jubiloso. Las ramas del copal son livianas, y rezuman una resina ‘que despierta al dios’, dicen los locales. También son un par de gatos que cuidan el templo. Aparecen al amanecer. Luego se cobijan con las sombras otra vez. El atrio queda manchado de una ligera pasta aromática.



Isabela Encinas

## III

Justo afuera del Templo de Santo Domingo, en algún momento alguien sembró magueyes pequeños. Ahora son los ‘venerables senos de la tierra’, como susurra la tradición prehispánica. La silueta de las hojas se confunde con el verde de la cantera en la fachada de la iglesia. Son casi del mismo color, pero en etapas de vida diferentes. Sólo se distinguen porque, a eso de las cinco de la tarde, la luz del Sol hace que sus sombras se corran sobre la piedra verde. Luego cae la noche. Sólo se distinguen dos pares de ojos, asechando desde el campanario, entre las pilastras, por detrás de las torres.

## IV

No es extraño que el fulgor de Copal y Tosalá siga a los transeúntes por las tardes, cuando ya no hay luz en las calles. En ocasiones, incluso, la gente confunde a los gatos del templo por la luz del alumbrado público. Nadie sabe realmente de quiénes son, quién les alimenta o en dónde viven. Sólo se asume que son de la iglesia, y que tal vez se enroscan dentro de la pila bautismal para dormir durante el día. Total, nadie la ha visto llena de agua bendita desde hace tiempo. Es un buen lugar para que nadie les moleste.

## V

Es un hecho dicho a voces que Copal y Tosalá se encuentran con una mujer por las noches. Una mujer de ojos cavernosos, que se aparece durante las noches de neblina más densa. Quienes la han visto, aseguran que se sienta en las bancas del atrio para acariciarles. Al alba, se levanta y parte rumbo a Monte Albán. Los gatos amanecen con el lomo cubierto en polvo de cerámica rota. Finísimo, casi como si fuera incienso quemado. Ni siquiera se acicalan: parece que esperan a que ella vuelva a quitarles los restos del pelo.

## VI

La primera vez que alguien la vio, el Chichonal\* exhaló una fumarola profunda. Era de mañana apenas. Tenía el pelo recogido en una trenza larga, y llevaba un huipil azul de telar de cintura. En su rebozo, traía a los dos gatos. En las manos, una botella de mezcal y una rama de copal hembra. Sin hablar con nadie, entró al templo y se dirigió hacia la sacristía. Esa noche, una de las bancas en el oratorio principal se encendió.

## VII

Las llamas no alcanzaron al templo entero, porque el sacristán muy pronto alertó a los demás y lograron apagarlo. Sin encontrar el origen del fenómeno, decidieron relegarlo a un accidente, como los tantos que pueden suceder en una parroquia de esas dimensiones. Dos semanas después, uno de los nichos se encendió. El busto de San Andrés quedó reducido a cenizas por completo. Luego, el de Santo Tomás. Después, el de San Juditas Tadeo. Todos en noches diferentes. Y ahí sí, ni el sacristán pudo meter las manos. Todo el templo olía a mezcal de tobalá.

## VIII

La coordinación eclesiástica decidió contratar vigilancia por las noches. Incluso a pesar de eso, y de que los nichos se ocuparon con santos nuevos, los incendios no se detuvieron. Siguieron ocurriendo en noches aisladas, como si verdaderamente fueran accidentes. Incluso se cuestionó a las madres

\* El Chichonal es un volcán en Chiapas, al sureste de México.

y sacerdotes si dejaban el cirio encendido por las noches. La realidad era que nadie entraba a Santo Domingo por las noches: solo las sombras, y esa extraña resina pesada con olor a incienso, que quedaba impresa sobre los nichos después de que las llamas se consumieran.

## IX

La última vez que la iglesia se prendió en fuego, el humo ascendió en columnas hasta las alturas. Esa noche, una vez que las puertas quedaron cerradas por completo, una de las capillas se encendió. Nada pudo salvarse: los nichos, el santo entierro, las reliquias. Todo se quemó. Cuando se lograron extinguir las llamas, se encontraron las hebras de un huipil azul, restos de una botella de mezcal y un olor penetrante a incienso. A la mañana siguiente, los gatos aparecieron frente a la puerta principal con los ojos llorosos.



Isabela Encinas



# Perros bravos

Cecilia Durán

Subirse a un taxi se ha convertido en una de las causas de miedo más mencionadas por las mujeres en todo el mundo. Es raro que yo sienta ansiedad al abordar uno. Aunque si de preferir se trata, a mí me gusta más manejar o en todo caso tomar algún tipo de transporte público. Lo de dejarle el volante a alguien más me hace sentir que estoy rodeada por toros con cuernos largos y puntiagudos que me resoplan en la cara. Pero mi editora insistió en que, en vez de tomar el tren de cercanías, pidiera un Uber con la cuenta de la revista. No me dejó margen de negociación. Sé que lo hizo por mi comodidad y con la más fina intención de que viajara de París a Versalles de la mejor forma posible. Quería que llegara relajada a la entrevista que me había concedido Hile Visible, un pintor que situó su estudio en los suburbios parisinos. Famoso porque trabajó con Eero Saarinen en los diseños para el aeropuerto de Dulles, el arco de *St. Louis* y otros monumentos modernistas tardíos. Un verdadero ícono del arte contemporáneo y como todos ellos, un bicho más raro que una libélula de alas rojas.

Hile Visible es un hombre hermético, con manías y excentricidades. Instaló su taller en una zona que se conoce como Versalles Industrial, lejos del palacio de los Luises, de su lujo y pompa. Prefirió irse a crear a un espacio que está entre bodegas y edificios de laboratorios de investigación. Huyó ahí después de haber trabajado en los suburbios de Detroit. Se mudó a Francia en busca de una nueva y serena integración de la arquitectura moderna y la ciencia e ingeniería modernas. Pero, así como las personas que trabajaron y administraron estas bodegas y laboratorios durante décadas, aprendió por las malas. Su escapada artística a las afueras de la capital francesa no fue necesariamente próspera, aunque sí fructífera. Pintó muchísimo. No vendió un solo cuadro. Se aisló. Dejó de participar en exposiciones. Dicen que se le involucró en un crimen, aunque nunca se ha sabido nada a ciencia cierta. Se deprimió. Intentó suicidarse. Lo internaron y fue un secreto que corrió de boca en boca. Volvió a pintar después de ser dado de alta por su psiquiatra, aceptó conceder una entrevista a la revista, con la única condición de que fuera yo quien lo visitara. Santo y bueno. ¿Quién se niega a ir a París con todos los gastos pagados, en primera clase, a todo lujo y con una cuenta de gastos generosa? No sería yo quien pusiera el mal ejemplo. Pero, no todo lo que brilla es oro. Tanto comedimiento por parte de mi editora me resta libertad. No me dejó rentar un coche, porque, según ella, la zona en la que se encuentra el estudio es compleja y poco accesible. Es un viaje de trabajo, no de placer, me dijeron mis familiares y concedí que tenían razón. Si no puedes irte a Versalles en el tren de cercanías, vete en Uber y ya. Obedece. Obedezco. No de muy buena gana, pero me sujeto a la voluntad de mi jefa. Aquella mañana



Ivonne González

de septiembre, París amanece brillante, fresca, como si estuviera de buen humor. Declino la oferta del botones del hotel para llamar un taxi de la calle, entro a la plataforma corporativa de Uber, tecleo la dirección de destino. En la pantalla del teléfono celular aparece que tengo que esperar cinco minutos. El trayecto a esa hora de la *Rue Scribe* al taller de Hile Visible será de cincuenta minutos. El auto que llegará por mí es un híbrido de una marca china que no me resulta familiar. El nombre del conductor es J. Weimer. No se muestra su fotografía. Tengo la tentación de cancelar ese servicio y pedir otro. Me quedo pensando en musarañas y no lo hago.

El mapa de la aplicación me permite ver que el Uber viene por el *Boulevard des Capuchines*, da vuelta al edificio de la Opera de Garnier, lo rodea, toma *Rue Scribe* y entra a la bahía frente a los escalones del hotel para recogerme. Pregunta mi nombre y yo afirmo. No sería la primera vez que me subiera a uno equivocado por no confirmar. Resulta que J. Weimer es un hombre de piel oscura, pelo lacio, ojos rasgados, pestañas de aguacero, corpulento y con unas manos descomunales que parecen abarcar toda la dimensión del volante. Son desproporcionadamente grandes, con falanjes interminables y nudillos gruesos. La piel es rugosa, su nariz es muy larga y ancha. No da la impresión de ser muy alto, pero como va sentado, eso podría o no ser cierto.

Sin dudar, se dirigió a mí en español: Vamos a la zona industrial de Versailles, ¿es así? El tono es brusco, no alcanzaría a decir que grosero, pero poco le falta. Definitivamente, amable no. Así es, gracias, le respondo en el tono

más plano que puedo. Ajusta el retrovisor para verme a la cara. Me molesta el movimiento. ¿Está de vacaciones? No, vengo de trabajo. Ah, vaya; ¿vive acá? No, vengo de trabajo. Ah, ¿eres sudamericana? Soy mexicana. Ah, mira. Entonces, ¿eres norteamericana? Sonríe y eleva las cejas. Noto un tonito y no me agrada. Siento que se burla y no me gusta. Soy latinoamericana. ¿Usted? ¿Yo?, yo soy peruano. Ah, ¿peruano? Ahora soy yo la que usa ese tonito poco agradable. No tiene usted nombre de peruano. Ajá. José Weimar, mi abuelo austriaco no me heredó mucho de sus genes, nada más el apelativo.

¿Qué hace acá, tan lejos de su patria?, le pregunto más por cortesía que por curiosidad. Vine a trabajar. Así como usted, aunque distinto. Cuando llegué a Francia en el año 2010, por ser extranjero tenía miedo a trabajar. Mi abuelo solo me dejó el nombre, no la nacionalidad, ya sabe. No tengo papeles. Ah, qué caray, respondo con las únicas palabras que me vienen a la mente, con ganas de parar la conversación. No lo logro. Tenía dificultades y sentía soledad y apuros para hallar trabajo. Luchaba en una ciudad desconocida, un idioma y una cultura diferente. Pero aparecieron estas plataformas y estos pseudotrabajos y podría ser mejor, pero es lo que hay. Ser conductor de aplicaciones me conviene, no me piden papeles, no tengo que justificarles nada. Es difícil vivir y trabajar en el extranjero. París no es hermoso para todos. Me pongo J. Weimer y eso me da ventajas, ¿entiende? Así es este mundo.

No tengo ganas de platicar. Contesto con monosílabos. A J. Weimer no le importan mis cortones. Sigue hablando. Lo hace más para escucharse a sí mismo que para comunicarse conmigo. Lo sé y, también sé que seguirá perorando sin enterarse si le pongo o no atención. Cierro los ojos. Eso para él es lo de menos. Quiere hablar, sigue hablando. No crea que no. Ya le digo, París no es hermoso para todos. No es la ciudad que usted ve desde el balcón de su habitación en un hotel de gran turismo. No, no. De hecho, puede ser bastante feo para muchas personas como nosotros. Además, me da rabia que no haya sido tan fácil estar bien en Cusco, que vivir en el Perú no fuera más sencillo. Uno quiere hacer el esfuerzo para ser persona de bien, pero... en ocasiones no se puede. ¿Sabe? Guardo silencio.

No se crea. Y, es que en el país de Machu Pichu, el del imperio incaico y de Tupac Amaru, los rasgos andinos, y también los del medio centenar de etnias amazónicas, en vez de un motivo de orgullo son un estigma social. ¿Pasa igual en México? Pues, sí. Pasa igualito. Entonces, me entiende, ¿verdad? No sé a qué se refiere. El Perú es un país muy diverso pero que al mismo tiempo no ha logrado trabajar lo suficiente a favor de promover la diversidad cultural de manera positiva. Mis hijas llaman la atención, tienen piel canela y ojos de agua. Lo de los iris azules ha de ser un salto atrás, una huella genética que dejó mi abuelo para sus nietas.

No sé que responder. Aprieto los labios. J. Weimar se aclara la garganta. Siento como si la temperatura en el auto bajara de pronto. El hombre sigue hablando en forma incontinente. Me pregunto qué hago tan lejos de

mi patria, ¿entiende? Hay situaciones más grandes que la Torre Eiffel. Vengo huyendo de la justicia. Dicen que tiene brazos largos. No se lo crea. Son cortos. No todos pagan por los crímenes que cometen. Aquí nadie me va a venir a buscar. ¿Quiere saber qué hice? Desde luego, no espera que le conteste. Por supuesto, no quiero saber cuáles son sus razones para fugarse de la justicia. Verifico si los seguros de la puerta del Uber están puestos. Me sudan las manos. Me aprieto lo nudillos tanto que truenan los huesitos de los dedos. En el Perú, dejé familia. Tuve esposa y cuatro hijas.

La más chiquilla es alegre como una sonaja. Ya sabe, es de esas personas con un carácter pizpireto, de esas que traen pimienta en el alma. A las afueras de Cusco, hay un pueblo polvoriento en el que vive mi madre. Es una zona de casas de lámina y techos de cartón. Le dicen Perros Bravos. Yo me fui de ahí para estudiar en la universidad, jamás regresé a residir a ese lugar. No sé las razones, porque el sitio es terregoso y sucio, pero muchas bandas lo convirtieron en el mundo de la vida. Allá se fueron a vivir muchos maleantes de medio peluche. De esos que se juntan en grupos, que son vengativos y que nadie denuncia. A mis hijas no les gusta ir a visitar a su abuela, pero a Pilirín —la pequeña— le empezó a interesar acompañarme. Íbamos una vez por semana, y ella emprendió a insistir en que fuéramos con mayor frecuencia. J. Weimar aprieta tanto el volante con esas manazas que los nudillos se ponen blancos. Paso un trago gordo. Miro el velocímetro, la aguja va marcando cada vez velocidades más altas. Me aprieto el cinturón de seguridad.

De los muchos pandilleros que llegaron, había una banda que tenía un criadero de perros de pelea. Regenteaban apuestas. Tenían de esos que son puro músculo, de pelo corto y tieso, liso y brillante. Chatos, no muy grandes, más bien medianos, orejas muy derechas y cabeza cuadrada. Son de esos que tienen una mandíbula poderosa. Eran bravos los animales. No le meto flor, no exagero. Qué piña, esos muchachos andaban todo el día en la calle con sus perros y ya tenían asustados a todos los vecinos, pero nadie decía nada: les daba miedo. Azuzaban a los animales para que corretearan a los niños y a los viejos. Habían mordido a muchos. Hacían daño. No eran pocos los que quedaron con cicatrices que les hicieron los perros y sus dueños risa y risa. Los animales andaban sin correa, caminando libremente en las calles. Si ensuciaban las banquetas de los vecinos o si los perros les encajaban los dientes, todos guardaban silencio y agachaban la mirada.

Esa mañana, esa que me cambió la vida y me expulsó del Perú, Pilirín y yo caminábamos rumbo a casa de mi madre. Oí un gruñido. Al toque, miré a todos lados. Un perro prieto corría en nuestra dirección, gruñía y nos enseñaba los dientes. Iba directo a la cara de mi hija. Los malnacidos iban a las carcajadas. No lo pensé. Fue de pronto. Agarré al animal por el cuello y lo rodeé con las manos. Con estas manos. Las extiende en el aire para dejar claro cuáles. El

hombre traga saliva. Eleva más las manos para enseñármelas, deja de ponerlas sobre el volante. Siento un escalofrío. Quiero que tome el manubrio con esas manazas y que agarre el mando. J. Weimar mete mucho aire a los pulmones. Sigue hablando a borbotones. Lo apreté y lo apreté y lo apreté. Engarruña los dedos.

El perro se agitaba y chicoteaba con fuerza. Me enseñaba los dientes. Supe que si soltaba al animal, sería mi muerte. Lo sostuve con energía. El perro luchaba con furia. No le entraba aire. Se le inyectaron los ojos, se pusieron rojos de sangre. Chicoteaba duro. Luego menos. Luego, desfalleció. Las pupilas se le dilataron. Se quedó quieto. ¡Suéltalo! ¡Suéltalo!, me gritaban los malditos. Ya se les había parado la risa. Seguí apretando hasta que algo tronó. Les aventé el despojo a los pies. Pilirín se arrodilló junto al cuerpo y yo corrí a casa de mi madre. Esa tarde lo decidí. Huí del Perú.

¿Por matar a un perro?, no pude detener las palabras. ¿Huyó por matar a un perro? J. Weimar extiende las manos sobre el volante en toda su extensión. Las cierra y se golpea con los puños la frente. ¿Usted no entiende de metáforas, verdad? No respondo. Me hundo en el asiento y en el silencio. En todo el trayecto, ninguno de los dos vuelve a pronunciar palabra. Al llegar al estudio de Hile Visible me pregunta si quiero que me espere. Me señala lo sola que está la zona y lo difícil que será conseguir un medio para volver a París.



Ivonne González

Le agradezco. Le digo que no gracias. No se olvide de dejar su opinión en la plataforma y si puede, me ayudaría mucho su propina. ¡Qué tenga suerte! Gracias. Toco el timbre del estudio de Hile Visible. Antes de entrar, miro por encima del hombro. J. Weimar sigue parado frente a la puerta. Siento un nudo en el estómago. Creo que me regresaré en el tren de cercanías.



Ivonne González

Revista *Por escrito* te invita a su  
curso de:

# APRECIACIÓN LITERARIA



Para más información  
escribe a:

[CONTACTO@PORESCRITO.COM](mailto:CONTACTO@PORESCRITO.COM)

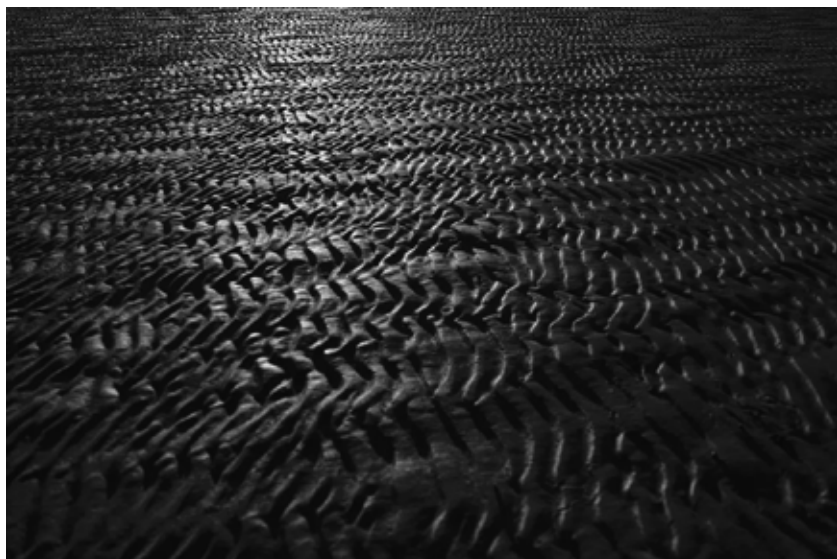


Ignacio Navarro, *La calor.*



Alejandro Avila, *MSoTP «Void» [iDS] III.*





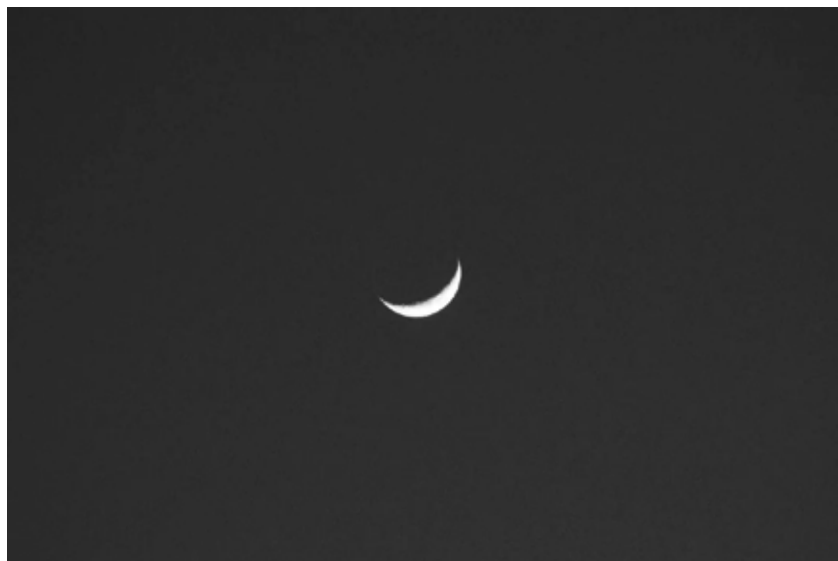
Alejandro Avila, *MSoTP «Void» [iDS] X*.



Ignacio Navarro, *La muerte libera*.



Gibrany Jazzmeleth Becerril Saenz,  
*Sorpresa del saber.*



Alejandro Avila, *MSoTP «Void» [iDS] XI.*



Ignacio Navarro, *Flor en la solapa*.



Alejandro Avila, *MSoTP «Void» [iDS] IV.*



Alejandro Avila, *MSoTP «Void» [iDS] VI.*

¿TE GUSTA LEER?  
¡ESTO ES PARA TI!



¡Revista *Por Escrito* te  
invita a su nuevo taller!

## TALLER DE LECTURA

¿Interesado?



[CONTACTO@PORESCRITO.COM](mailto:CONTACTO@PORESCRITO.COM)

# Cada mañana

Karen Van Der Plas

No es hasta que retiro las sábanas y enderezo mi torso que la veo, directo a los ojos: con sus cabellos despeinados y rostro de insomnio salpicado de cobalto, envuelta en la bruma gris que no quiero que me invada. Sus facciones no se inmutan ni lo más mínimo, como si fingir dormir hubiera hecho que ahora me pueda mantener la mirada sin un solo parpadeo: me mira, después de tanto. Sus ojos se ven distintos cuando apuntan, como un abismo que te llama, de esos que dan miedo y vértigo que invita a no pensar. Se ha arrancado casi todas las pestañas y me pregunto cuánto tardará en encontrar otra cosa que despedazar, casi tanto como para omitir sus labios partidos y las marcas de uñas entre los nudillos y el dorso de la mano; solo yo se los he notado en tantos años, incluso en días soleados. Quizá por eso viene a mí, como un fantasma que se arrastra en busca de ayuda silenciosa. Nunca sé qué decirle, solo la arrastro al día, a fundirse con el movimiento monótono que, aunque automatizado, al parecer pesa más que el polvo de cadáveres que conforma el planeta.

Me pregunto cómo es tan sigilosa, entrando al cuarto de puntillas, o quizá es solo que está acostumbrada a ser nada. Sin embargo, cada que intento levantar las cobijas la siento: más pesada. Cuando despierto, está ahí, esperando mirarme con el peso que impide que me levante del todo y, si lo logra, se funde en un abrazo conmigo. Me gustan esos días, esos días donde me acaricia el cabello y guarda silencio de ese que da paz, me arrulla, entonces yo también la abrazo y dormitamos en calma, mi respiración con la suya se acompasa. Y la dejo estar y ella me deja ser, tanto que creo poder mirarla a los ojos sin compadecerla o detestarla, no sé que sea peor. Pero hoy no es ese día, casi nunca es ese día. Debo levantarme, debo decirle que no estorbe, rogarle que deje de mirarme así y pedirle que mañana no vuelva. O mejor aún, debo deshacerme de ese estúpido espejo, mamá siempre decía que los espejos frente a la cama no atraen nada bueno. Empiezo a creer que, a veces, tenía razón.

# Desgracias al desayuno

Sonia Ramón

La voz hipócritamente cantarina de su padre le implora que baje pronto a desayunar, pero Lena, con la toalla a modo de turbante y la bata todavía empapada, necesita terminar de leer el artículo sobre antropología alimentaria. Dentro de unos minutos tendrá que batallar con el espíritu grisáceo y fustigado de su padre, convertido en alma miserable desde el divorcio.

Lena levanta la persiana y al echarle una mirada al tono plumizo del cielo, recuerda lo que su abuela materna afirmaba: las mañanas oscuras a menudo anuncian que al final del día tendremos algo que lamentar. Lena se pregunta qué hará con esa compasión insufrible que su padre le inspira desde que su madre decidió divorciarse un año atrás para buscar una verdadera vida en Barcelona, donde Lena espera cursar su especialización en cocina molecular. Baja las escaleras con prisa y carita de reptil amenazado. Qué satisfactorio le resulta llamar al padre, ahora soltero y solitario, por su nombre. «Gustavo, deja ya de echarle la culpa de tus líos a mi mamá», «Gustavo, ¿puedes dejar de hacer ese asqueroso ruido al masticar», «¿podrías ser menos invasivo, Gustavo?». Cuánto le aburre la certeza de que a lo largo y ancho de quince minutos seguirán el protocolo del desayuno en el que él le pregunta con su empalago habitual por sus clases teóricas e invenciones culinarias más recientes, y ella, con falso interés, por su trabajo.

Su padre le da los buenos días con la cafetera en la mano y ella responde con un cortante «hola». De vileza culinaria ha considerado Lena el acto de permitir que se forme esa telilla en la superficie del café con leche, pero Gustavo de ningún modo ha podido captarlo. Hasta cuándo tendrá que soportar los huevos revueltos adheridos a la cacerola, el pan de molde endurecido y frío, y la mantequilla descaradamente rancia. Su padre jamás conocerá el significado de la palabra destreza, desde los doce años ella lo considera un mediocre a pesar de la arrogancia de su nariz griega, de sus habituales apuntes filosóficos y de veinte años como director de una compañía de arquitectos. En la celebración de sus cuarenta y nueve años, hace dos semanas, Gustavo le dijo a Lena con la voz quebrada que un divorciado no se siente como tal, sino como un mutilado. Casi medio siglo de vida y él no ha podido renunciar a ese aire infantil y un poco majadero que ella descubrió una tarde de su adolescencia mientras discutían sobre los mejores vocalistas del rock. Que él defendiera sin argumentos a sus intérpretes predilectos creó entre los dos un abismo inescrutable.

Su padre le dice: «tengo un regalo para la archiduquesa». Este el vocativo que inventó hace dos semanas para congraciarse con ella. El don de su padre es dar regalos incómodos. Se trata de un libro que ella destapa con impostada curiosidad, Gustavo se acerca y pasa con cierta aprensión las páginas mientras le cuenta a su hija que recopila las últimas cenas de cincuenta personajes



Kevin Romero

famosos, y que incluye la historia de cada uno, así como recetas y fotografías. La archiduquesa lo hojea. Gustavo desea que Lena antes de irse al instituto tenga un completo panorama del contenido, al mismo tiempo que ella imagina caras lívidas y vísceras lustrosas y célebres. El padre toma el libro, se salta algunas páginas y lee en voz alta. Así se enteran de que Cleopatra habría comido por última vez un puñado de higos y bebido una mezcla venenosa de cicuta, acónito y opio. La última comida de Napoleón Bonaparte fue hígado y tocino, murió de cáncer de estómago. Hitler comió espaguetis con una salsa liviana sin carne, ya que era vegetariano; luego se pegó un tiro en la sien. Gandhi bebió leche de cabra, comió verduras, naranjas y una mezcla de jengibre con limones ácidos, pronto le dieron tres tiros a quemarropa. Lena escucha a Gustavo sin mirarlo, bebe el café con un asco que parece

aprendido de su madre, y distraída, trocea el pan sin llevárselo a la boca. El padre levanta la voz debido a la interferencia de los truenos que cada vez son más frecuentes y Lena imagina cada menú. Ernest Hemingway se deleitó con un *New York steak*, papas al horno, ensalada César y vino, luego se dio un tiro en la cabeza con su propia escopeta. John Lennon comió un sándwich de carne en conserva antes de que David Chapman le diera cinco tiros en la entrada de su apartamento.

Gustavo se detiene, se toma la barbilla y le dice a su hija que sigue con cara de iguana embelesada: «Te haré la pregunta obvia... si pudieras elegir, ¿cuál sería tu última cena?». Ella no lo piensa dos veces y responde: «como aperitivo una copa de sake; como plato fuerte *shoyu ramen*, y de postre, un *mochi* relleno de fresa». Lena ha perdido por completo el afán, tendrá que pedir un Uber para llegar a tiempo. Gustavo le lanza una sonrisa floja y le dice: «Creo



que sigo sin conocerte, hija», y continúa con la lectura. El aguacero no se hace esperar, el golpeteo de la lluvia sobre la ventana encanta y alarma en idénticas proporciones a Lena.

Ted Bundy se negó a elegir su último menú, en consecuencia, le dieron el estándar compuesto por bistec, huevos, papas fritas y tostadas, aunque apenas lo probó, luego fue ejecutado en la silla eléctrica frente a cuarenta y dos testigos. Kurt Cobain bebió una lata de cerveza de raíz y fumó unos Camel Light, luego escribió una carta que decía: «es mejor arder que apagarse lentamente», se drogó con heroína y se dio un tiro en la sien. Michael Jackson comió una ensalada de espinaca y pechuga de pollo, horas más tarde, una sobredosis de propofol y benzodiazepina le provocó un ataque al corazón.

El padre cierra el libro y se lo lleva al pecho con los ojos cerrados. «Y tú, Gustavo, ¿sabes cuál sería tu última cena?, si no, me dices luego que tengo afán», agrega Lena mientras toma el celular para pedir el Uber, sabe que el aguacero le complicará las cosas. El padre continúa en su ensimismamiento. «Tú tan japonesa y yo tan italiano. Okey, ya lo decidí. Como aperitivo, elegiría *limoncello*, como plato fuerte macarrones con atún, anchoas y alcaparras, y de postre, *gelato* de avellana y chocolate», dice en voz baja, como si no quisiera ser escuchado. Lena ha tenido que enfrentarse otra mañana al espíritu azotado de Gustavo, al fastidio de esas mejillas sin afeitar y estropeadas por la salinidad de las lágrimas. Lena olvida darle las gracias por el desayuno y el libro, sube a lavarse los dientes, toma el morral, el paraguas y la tarjeta de débito que su padre recarga cada semana. «Gustavo, no me esperes que llego tarde, tipo dos o tres de la mañana, voy al cumpleaños de Isa», le dice apurada en la puerta. Él se frota la cara y carraspea. «¿Cocinarías para mí esta noche? Ella sabe que la voz enclenque de su padre enmascara resentimiento por no haber probado un plato suyo tras dos años en el instituto de cocina. «No puedo faltar a esa fiesta, Gustavo, la próxima semana voy a estar más libre, entonces quizás pueda cocinar para ti». Quiere mirarlo a los ojos, pero es incapaz, su padre podría contagiarle así el sentimiento de la desgracia. «No hay problema, espero que tengas un buen día», contesta Gustavo.

Lena llega cinco minutos tarde a la presentación del *quiz* de antropología alimentaria, pasa la tarde entre fogones y pasta de hojaldre, en la noche sale con Isa y el grupo de amigos al bar de moda. A las dos y treinta de la madrugada llueve en el trayecto a casa, y entredormida, Lena revisa las historias de Instagram. La sorprende una publicación borrosa y oscura de Gustavo, poco asiduo a las redes sociales. Al llegar, Lena va a la cocina y nota el reguero de trastes en el lavaplatos, reitera que ese hombre no puede ni podrá preparar jamás un agua aromática sin convertirlo todo en un paisaje postapocalíptico, toma el libro del mesón, sube las escaleras y se asoma al cuarto de su papá. El corazón de Lena se paraliza por un momento, una corriente de aire recorre su cuerpo menudo, exhausto y alcoholizado. Su mente es un caos, un vómito.

La acosan las mismas palabras, ahora tiene el perfecto epílogo del libro que le regaló su padre: *Gustavo Sotomayor se deleitó con un trago de limoncello, un plato de macarrones con atún, anchoas y alcaparras junto a una copa de gelato de avellana y chocolate, luego, en el estrecho baño de su habitación se ahorcó con una soga de cáñamo.* Con las manos y las piernas temblorosas se acerca al cuerpo suspendido y saca de su bolsillo una pequeña fotografía en la que aparecen risueños Gustavo, su exesposa y Lena junto a su cocinita rosa de plástico. También hay una nota que apoya en su pecho hasta la mañana siguiente. «Archiduquesa, aunque nunca logré convencerte, Mercury es mil veces superior a Bono, no puedes comparar papa con sacristán. Tengo la convicción de que serás la mejor cocinera del mundo. Perdóname».



Kevin Romero

# Los ojos de las brujas

Paola Picazo Salcedo

Conocí a Gabriela una noche de octubre. Desde la primera vez que la miré su belleza me ensordecíó, su largo cabello negro y su hermosa nariz respingada hacían de su cara un verdadero deleite. Era tan hermosa, a media luz sus ojos tomaban un tono verde muy peculiar, era algo asombroso, la oscuridad los encendía.

Poco a poco comenzamos una relación. Al inicio era difícil que pudiésemos salir, su madre siempre fue sobreprotectora, pero yo lo entendía, la belleza de su hija era algo que yo también quisiera guardar en una caja de cristal.

Después de cinco años de noviazgo su madre comenzó a aceptar que yo quería para bien a su hija Gabriela y sentí que era el momento de pedir su consentimiento para que nos casáramos.

Organicé la cena sin decirle a Gabriela mi propósito. Cuando mi novia me escuchó, su impresión fue de incredulidad, pero calló sin negarse, aunque tampoco aceptó explícitamente. Los gestos de su madre fueron más elocuentes: sus expresivos ojos negros se llenaron de dolor. Su agitado pecho evidenciaba su desaprobación. Fue una verdadera sorpresa cuando nos felicitó y me dio un abrazo. Fue la primera y única vez que la toqué, porque hasta antes, aunque amable, nunca me había dado la mano al saludarme.

Al cabo de seis meses el matrimonio se llevó a cabo y fui el hombre más feliz cuando llegué con mi esposa a nuestra nueva casa. A las cuatro semanas, la etapa de luna de miel se esfumaba y daba paso a lo que sería nuestro matrimonio.



Carolina Gómez Cea

Gabriela comenzó a despreciarme, como si nada de lo que yo hacía pudiera complacerla. Primero comenzó con pequeñas cosas, le molestaban mis hábitos de limpieza, cosa que intenté moderar. Después fue la televisión; yo apagaba el aparato y el pesado silencio era nuestra única comunicación. Por más que me esforzaba, sentía que nada de mí la hacía feliz. Llegó su incomodidad y su sufrimiento al punto que dejó de comer. Yo ya no sabía qué más hacer, la situación me superaba, aunque ya sospechaba la causa.

Una noche desperté en la madrugada y la encontré llorando, la escena me puso triste y supe que era inevitable hablar del tema que los dos evitábamos deliberadamente. Ella me confesó lo que yo ya sabía: que extrañaba a su madre, que estar lejos de ella le estaba siendo difícil. Sus ojos brillaron con ese verde tan peculiar; sentí un escalofrío porque intuía lo inevitable, pero guardé silencio.

Yo, en un intento de reparar la situación, invité a su madre a pasar unos días con nosotros. Aceptó sin inmutarse, ni para bien ni para mal. En dos días ya estaba mi suegra en la casa y el estado de humor de Gabriela cambió notablemente.

Ambas cocinaban todos los días, reían y charlaban en la cocina todo el tiempo. Cuando yo llegaba de trabajar, la mesa estaba puesta, la casa ordenada y apacible. Mi esposa lucía más radiante que nunca, incluso recuperó el hermoso destello verde de sus ojos. Este cambio me pareció amenazador, pero lo acepté en silencio.

Una tarde salí del trabajo un poco más temprano que de costumbre, llegué a la panadería por las donas favoritas de mi esposa y seguí el camino a mi inevitable desdicha.

Al entrar a casa, una onda de calor invadió mi cuerpo. Me dirigí a la cocina con la intención ya casi perdida de sorprender a Gabriela con mi modesto obsequio, sin embargo, ella no estaba allí. Supuse que había salido con su madre a algún lugar; así que dejé la bolsa en la mesa y subí a mi habitación para descansar un poco.

Antes de llegar, un ruido que venía de atrás de la puerta me detuvo. Comprendí entonces que no habían salido. Sentí que la sangre me hervía, pero de inmediato cambiaron mis sentimientos, pues me di cuenta de que mis piernas no me sostendrían por mucho tiempo. Como pude, empujé la cerrada puerta y entré.

Al abrir, una onda de sofocante calor terminó de derrumbarme. No podía respirar, mis ojos se abrieron desmesuradamente, no pude decir nada ante lo que veía. Mi esposa y su madre estaban en la cama. Antes de caer fui consciente de algo inexplicable: ambas compartían ese brillante verde en los ojos.

# Acuta Forcipe

Joni Vela

Nunca he sido una persona muy sociable, no porque sea ese tipo de humano que argumenta tener miedo de los humanos y elige hacerse el interesante o el deprimido... no, la verdad el simple hecho de socializar me da mucha pereza y me gusta mucho mi soledad. Y por eso me sorprendí mucho de la facilidad con la que Mateo y yo nos hicimos amigos.

Era el primer año de secundaria y el simplemente se me acercó y me preguntó por un trabajo, luego de eso se movió de sitio para quedar atrás de mí y comenzó a entablar plática conmigo. Al principio le contestaba con afirmativos, y poco a poco comencé a abrirme con él.

Contaba con una extraña habilidad para entablar conversación y amistad con cualquier persona, tal vez era su forma de ser o su físico. Era bajito y gordito, con el pelo corto y su nariz parecía ser una fábrica de mocos.

Pero lo más extraño en él, era su fijación por los insectos. Podía pasar horas y horas hablando sobre las especies de hormigas que existen o sobre cómo era el rito de apareamiento de los escarabajos pelotudos de algún rincón de Asia. Yo odio a los insectos desde que una cucaracha voló a mi helado en un parque y al mismo tiempo un escuadrón de hormigas decidió que era buena idea pasar por mi falda, esto a la edad de 7 años te causa muchos problemas a futuro.

—Seré un gran entomólogo —me confesó a finales del segundo año, por si no era bastante obvio a lo que pensaba dedicarse de adulto—. Crearé la enciclopedia más completa de insectos e incluso encontraré un insecto del que no haya registro y voy a nombrarlo.

Lo felicité pues yo a esa edad no tenía la más mínima idea de a qué dedicarme en un futuro.

Por casualidad quedamos en la misma preparatoria y en el mismo turno... y en el mismo grupo, luego de un tiempo empezó a faltar a clases muy seguido. Un día me envió un mensaje, donde me pedía que fuera a verlo después de clases a su casa porque tenía algo que mostrarme. Mi estómago se revolvió y mi cerebro atinó a pensar en una sola cosa: insectos, ese imbécil sabía cuánto me desagradaban esas cosas y estaba dispuesto a mostrarme uno. Ignoré el mensaje y pude haberme escapado de eso, de no ser por la increíble cantidad de mensajes que me envió suplicando que asistiera.

Y fui.

Me recibió y me subió de inmediato a su habitación. Las cortinas estaban cerradas, no entraba ni una pizca de aire y la sensación de humedad junto con el olor de lo que parecía ser comida echada a perder daban un aspecto horrible, sentí escalofríos cuando vi que en una esquina de su cuarto descansaba una granja de hormigas y junto a su cama había una colección de escarabajos disecados.



Ivonne González

de tenazas que se agitaban y sacaban un líquido que solo puedo adivinar era saliva. Fijo sus grandes ojos redondos en mí y se quedó quieto, observándome con mucha atención.

—¿De dónde lo sacaste? —pregunté totalmente asqueada y sintiendo cómo mi estómago se esforzaba por mantener todo adentro.

—No lo sé, apareció en mi cama un día y se estaba comiendo un cabello mío—. Me contestó mientras sacaba un cortaúñas de un cajón cercano —Luego de intentar varias pruebas y después de que le cayera una uña recortada y se la comiera, deduje que se alimenta de células muertas.

Empezó a arrancarse los pequeños pellejos que salen en la base de las uñas y arrojarlos a la pecera. Ahí me di cuenta de que sus dedos estaban llenos de cortadas en la punta y sus uñas estaban totalmente amorfas, unas más largas que otras y algunas habían desaparecido totalmente.

El bicho alzó su tenaza y cortó el aire, muy cerca del dedo de Mateo.

Mateo se agachó y de su armario sacó una pecera de un tamaño considerable, llena de aserrín y con un trapo oscuro encima. Dejó la pecera encima de su cama y quitó el trapo, con un movimiento que parecía guardar cierta ceremonia, pero yo sentía mucho miedo de lo que fuera que había en esa caja de vidrio.

—Lo logré... encontré una nueva especie, —dijo, y sus ojos reflejaban toda la alegría del mundo— como te dije que lo haría, y lo mejor es que salió de mi habitación.

Me asomé a la pecera y vi algo totalmente horrible. Un cuerpo similar al de una pulga con 4 pares de patas, una cabeza similar al de una mantis religiosa y un par de tenazas, parecidas a las de una langosta... esta cosa era mitad cuerpo y mitad tenazas, entre ambas debía medir cerca de 15 centímetros.

Su cabeza tenía un par de antenas que se movían libremente y su boca era otro par

Movió sus antenas y su cabeza hacia un lado mientras algo entraba y salía de su boca, una lengua parecida a un popote que tiró más líquido al aserrín, en lo que parecía ser un gesto de frustración.

—Lo llamé *Acuta forcipe*, que es el latín de tenazas afiladas. Un día le arrojé una salchicha y la cortó en pedazos en un par de segundos. Creo que eso la ayudó a crecer, porque cuando la encontré hace dos meses medía solo cinco centímetros.

No pude soportarlo más. Salí corriendo y volví a mi casa, con un simple pensamiento dando vueltas por mi cabeza.

Esa cosa comía carne humana y mi amigo la estaba alimentando voluntariamente, ¿Cuánto pasaría hasta que ese insecto pudiera atraparlo con sus tenazas filosas y devorarlo?

En cuanto llegué a mi casa vomité y me desmayé por un largo rato. Cuando recuperé el conocimiento, marqué a Mateo y luego de cinco intentos me di por vencida.

Al poco mi mamá entró a la casa y me gritó desde el recibidor:

—Oye, ¿Mateo se rompió la mano? —una llamada entró a mi celular y contesté mientras seguía escuchando a mi mamá— Pasé por su casa y me saludó, pero la tenía envuelta en vendas.

Mi respiración se aceleró y acerqué el teléfono a mi oído, la llamada era de mi amigo.

—Oye... ¿cuál es el mejor método para tapan una herida? *Acuta* me atacó por error y me quitó un... buen pedazo de carne en mi mano izquierda. Creo que me lo pueden coser, pero el problema es que no lo encuentro por ningún lado, creo que se cayó en la pecera y ahora no encuentro a *Acuta* ni la piel de mi dedo meñique.



Ivonne González

# Hotel Escandón

Manuel Jorge Carreón Perea

Hace un mes dejé mi trabajo como *host* en Las cebollitas, un restaurante argentino en Polanco, regresé a vivir con mis padres y no pienso trabajar por un tiempo. Estaba aburrída y a punto de invitar a mi hermano al cine cuando recibí un mensaje de Gianfranco para vernos. Aunque no éramos formalmente novios, teníamos una relación que se basaba principalmente en ir al cine, a comer y “*garchar*” —como dicen los argentinos—. Su plática era cero interesante y estaba casi limitada a su trabajo como instructor de yoga. No le gustaba el cine ni el teatro, aunque su talento para hacerme reír compensaba muchas de sus deficiencias sociales. En resumen, era aburridísimo nuestro vínculo. Contaba con fecha de expiración definida.

Nos vimos en la librería Rosario Castellanos. Paseamos un rato por los pasillos y me quedé viendo un rato la nueva edición de los libros de Jack Kerouac publicados por Anagrama. Sostenía en mis manos *Los vagabundos del Dharma* cuando me preguntó acerca del autor, ya que el nombre del libro le parecía interesante, por lo cual ofrecí comprárselo, pero no quiso. “Ya sabes que no me gusta nada occidental, Mikaela. Ya tengo hambre, vamos a comer, ¿quieres?”, fue su respuesta. Para molestarlo me quedé leyendo el libro un rato, unas diez páginas, hecho que hizo que se desesperara. Al final compré el nuevo libro de Houellebecq, *Aniquilación*, y la fila se tardó horrosos porque solo una caja estaba en funcionamiento y era venta nocturna.

Después de la librería fuimos a comer a un local de hamburguesas y la siguiente parada fue el Hotel Escandón. Pagué la habitación porque su tarjeta no pasó y tampoco llevaba dinero encima, como siempre. Minutos después de cruzar la puerta del cuarto me encontraba mirando el techo sucio y descarapelado; el contraste con las paredes recién pintadas era evidente. Me pregunté si existirían cámaras escondidas o si algún empleado curioso —como el protagonista del relato de Gay Talese en el Motel del voyeur— nos había visto follar. Gianfranco me abrazó, al tiempo que preguntaba sobre mi nuevo trabajo, los horarios y la cercanía de mi casa. Quería saberlo para estar cerca de mí y pedir su cambio de adscripción como instructor en alguna de las sucursales de Centros Budistas cerca de mi nuevo trabajo. Para evadirlo le pregunté sobre su trabajo ya que siempre tenía varios chismes. Se paró de la cama y mientras destapaba una botella de agua, hizo una relación de varios sucesos y al final dijo: “Bueno, algo interesante es que estoy extorsionando a una señora. La chamarra que traigo me la dio ella y pronto tendré el nuevo iPhone, el 15”. Le pedí que me contara la historia, lo cual hizo, según su costumbre, con detalles innecesarios. Señaló que se llama Thelma Gracia de Rebolledo y Mendizábal, de unos 43 años —eso sí, bien llevados— y tiene tres hijos. Aunque vive cerca del Centro Budista, entró por recomendación de una amiga, esposa de uno de



los accionistas. La pobre no tiene idea de lo que es el yoga y a pesar de que no falta a una sola sesión, no mejora; sin embargo, su interés principal era Gianfranco.

Él se le acercó para explicarle cómo hacer las posturas y de paso cobrarle clases particulares. Al final acordaron tres sesiones extras por semana, en las que había más charlas y coqueteo que práctica de yoga. Aunque inicialmente fue muy reservada con respecto a su familia, principalmente en lo que hacía a su marido, en una de las conversaciones se le escapó un nombre que a Gianfranco le pareció familiar y lo buscó en internet: era un político, diputado local, aparentemente vinculado con una secta



Carolina Gómez Cea

religiosa a la que se le acusa de lavado de dinero. A partir de ahí fue sacándole información a Thelma: el nombre de sus hijos, escuelas, qué series miraba, sus libros favoritos... cosas insignificantes, pero que dicen mucho. Lanzaba algunos anzuelos para saber más del esposo. Al poco tiempo ya contaba con suficientes datos para dar el siguiente paso.

Al principio ella hacía caso omiso de sus insinuaciones, pero fue cediendo: un jueves de mucho calor, se despidieron con un abrazo que se prolongó unos segundos, los suficientes para que ella pudiera sentir su erección. Al día siguiente, mientras le enseñaba el *Asana* (postura) *Dwi Pada Pitham*—que requiere que la persona se encuentre en el piso, boca arriba, con los pies al ras de los glúteos y en el que se levanta la cadera con el impulso de las piernas— Gianfranco le acarició la espalda, haciendo que su piel se *enchinara*. Así continuaron durante unas semanas en las que las conversaciones venían con miradas fijas y mordiscos en los labios, hasta que por fin se dieron un beso de despedida en la comisura de la boca. Después besos ensalivados y al final ella arrodillada haciéndole sexo oral en la oficina del Centro.

Cuando terminaron, Thelma se fue a casa y Gianfranco a su celular, que había ocultado para grabar la escena cuando se presentara la ocasión. Miró unas diez veces el momento en el cual terminaba en la boca de ella. La imagen, más el pensamiento del uso que le daría, le provocaron una gran excitación. Para ella no hubiera pasado de una aventura extramarital, pero había endosado un cheque muy costoso con ese acto sexual. Esa noche le envió por WhatsApp

el video de ella realizándole sexo oral. Como respuesta Thelma le marcó varias veces, todas las cuales fueron mandadas al buzón de voz. Esa noche él durmió con la satisfacción de haber logrado algo. Al despertar le mandó un mensaje citándola en un café al lado del Centro Budista. Cuando Thelma llegó lucía más preocupada que molesta. Apenas tomaron asiento, él hizo una *selfie* mientras le daba un beso. Ella se apartó casi en el acto, pero ya contaba con una evidencia más sobre su infidelidad. Le pidió que la borrara porque si llegaba a difundirse, pondría en serio riesgo la carrera de su esposo, además de la posición que ocupaba la familia en el culto del cual eran parte. Gianfranco se negó, ya que si lo quería le iba a costar, y mucho, porque tenía dinero y un marido que se enteraría de su encuentro, sin olvidar los medios periodísticos que como zopilotes cazan este tipo de notas.

Le pregunté cuál era el gran temor de ella y me dijo que en el culto en el que estaban eran muy estrictos con respecto a ciertos comportamientos de sus integrantes, sobre todo de aquellos que forman parte de la *élite* pública, como su esposo, que tenía posibilidades de ser electo senador en las próximas elecciones. Un escándalo así sepultaría sus ambiciones. Así que le pedía cosas y ella le compraba todo.

Comenzaba a hacerse de noche y tenía que regresar a casa, pero afuera hacía frío y hacer el camino a pie me daba mucha flojera. La cama del hotel era dura, igual que las almohadas, por lo que me acurruqué para dormir un poco. Gianfranco volvió a mi lado y prendió el televisor para ver un partido de fútbol americano; el sonido fue arrullador y quedé profundamente dormida. No sé cuánto tiempo pasó, pero sus manos acariciando mi trasero me despertaron. Volvimos a coger, pero esta vez duró un poco más, aunque no mucho. Eso también me desesperaba de él: se venía rapidísimo. Al terminar me abrazó y a los minutos ya roncaba a todo pulmón. Su cuerpo velludo y sudado me produjo una mezcla de asco y desprecio; sentí arcadas y fui al baño a vomitar. Quise limpiarme, lavarme las manos, pero ni el jabón de tocador ni la muestra de shampoo estaban en su sitio; Gianfranco tenía la costumbre de llevárselos. En definitiva, ya no podía seguir con él y me arrepentí de aceptar su invitación esa noche.

Comencé a vestirme en silencio y vi que a su celular llegaron algunos mensajes de un tal Marco Antonio. Reconocí la foto: era un cliente del restaurante —que ambos conocíamos porque también frecuentaba el Centro Budista— que me atosigaba y ofrecía dinero por las bragas que llevara puestas. Si eran de encaje, pagaba más. El teléfono no tenía clave de bloqueo así que revisé su conversación, quedando perpleja y emputada al mismo tiempo. El pendejo de Gianfranco le mandaba las *nudes* que yo le enviaba y esa noche le prometió un video nuestro por una módica suma. Busqué todas mis imágenes y las borré tanto del celular como del Whatsapp, pero quería hacerle daño, lastimarlo de alguna forma, por lo que busqué el video de Thelma con él para borrarlo. Con los nervios de que fuera a despertarse, afortunadamente no tardé

mucho en encontrarlo, por lo cual procedí a borrarlo de manera definitiva y busqué en Whats todas las copias que tenía, las cuales tuvieron el mismo destino. Al final memoricé el número de la señora.

Terminé de vestirme y sin hacer ruido salí de la habitación. Me enfilé a casa mientras guardaba el número de Thelma y bloqueaba el de Gianfranco.



Carolina Gómez Cea

# Yakimeshi mixto con tampico

Mariana Torres Lomelí



Alicia Ramírez

Ella recordaba la línea de una serie donde una de las protagonistas hablaba de las “chicas sin suerte”, aquellas que no son la primera opción del hombre más deseado, las que deben esforzarse por ganarse un lugar, que no son las más populares ni tienen la vida resuelta. Este recuerdo le dejó incertidumbre, de si ella también era una chica sin suerte.

Era un sábado como cualquier otro, quizá saldría un plan en la noche, pero mientras tanto se inclinaba para ser un día de pijama y pedir comida a domicilio. A pesar de llevar varias semanas intentando hacer un ejercicio de gratitud escrito, sugerido por su hermana, siempre encontraba una excusa para posponerlo. Sin embargo, en este sábado sin pretextos, decidió abrir una libreta anaranjada que había comprado con la intención de poner un poco de orden a su día a día, tomó una pluma y comenzó a escribir agradecimientos por su familia, su salud y sus amigos.

Pasados tres minutos, se distrajo y se detuvo a pensar de nuevo en si era o no una de esas “chicas sin suerte”.

Pretexto perfecto para procrastinar.

A pesar de creer que este sería un día de poca actividad, decidió salir a caminar un ratito, reconociendo que el aire fresco y la actividad física eran necesarios en su plan de bienestar.

Mientras caminaba, pensaba en escuchar su playlist favorito, con gustos musicales, que por cierto, no compartía con casi nadie, al menos no con las personas más cercanas. En fin, esa era solo una de las muchas cosas que le resultaba difícil tener en común con aquellos que le rodeaban. Igual decidió no

escuchar nada, y mejor disfrutar del silencio durante la caminata, aprovechando para reflexionar sobre el tema de la gratitud personal. Entonces, empezó a repasar su vida en una suerte de orden cronológico.

Comenzó con algo que varios amigos, en diferentes momentos de su vida, le habían expresado: la sensación de reconocer la luz única que irradiaba al ser ella misma. Aunque auto-apreciarlo resultaba complicado, logró sentirse halagada.

Después, recordó que en los últimos años había conocido diferentes partes del mundo con sus propios medios y méritos, ciudades que quizá jamás había imaginado visitar. Había co-realizado un documental y escrito varios textos, algunos incluso publicados. Aunque no había faltado el enfrentamiento a ataques de ansiedad y momentos de depresión, lo positivo seguía siendo más fuerte.

El amor también había formado parte de su vida. A pesar de las lágrimas y risas surgidas de los recuerdos, reconocía que no era de aquellas personas que se enamoran fácilmente. Su creencia en que encontrar a alguien especial lleva tiempo le hacía ser selectiva en sus elecciones amorosas. Pero confiaba en lo que venía, tiempo al tiempo, se decía.

Lo que siempre la hacía sonreír era recordar las múltiples conversaciones profundas y aprendizajes que había obtenido al charlar con personas increíbles. Pasa que una de sus virtudes era su habilidad para ser una excelente amiga, a veces incluso más allá de lo necesario. La capacidad de buscar a las personas y mantener amistades, a veces resultaba muy cansado, y la hacía cuestionarse si debería comenzar a exigir reciprocidad. Pero la vida la había recompensado con personas increíbles que hacían que valiera la pena.

¿Una chica sin suerte sería capaz y merecedora de todo eso?

Prefirió continuar con el tema del amor, a veces llegaba a pensar en que hoy en día la sociedad medía el éxito por el “amor”. Observar a su alrededor y notar que la mayoría de sus conocidos estaban en pareja a sus casi treinta años podía ser desafiante. Sin embargo, prefería enfocarse en sus propias conclusiones y reflexiones, mirando también todos sus logros. ¿Por qué no centrarse más en otros tipos de éxito por ahora?

El frío empezaba a hacerse notar, así que decidió ponerle pausa a sus pensamientos y regresar a casa. En el camino de regreso, se cuestionó sobre lo evidente que a veces se sentía de ser un sapo de otro pozo en “su lugar”. Tal vez, su objetivo a corto plazo se trataba de descubrir qué camino continuar.

Cuando llegó a casa, abrió la libreta anaranjada y escribió:

*"Hoy reconozco que la verdadera esencia de la vida radica en el constante proceso de descubrimiento. Aunque el pasado moldea nuestras raíces, el presente nos invita a florecer; y el futuro es un lienzo en blanco lleno de promesas. Así, entre desamores superados y autodescubrimientos, abrazo la incertidumbre con la certeza de que cada día es una oportunidad para reescribir mi historia.*

*Hoy tengo ganas de descubrir qué sigue, me abrazo y me agradezco".*

Cerró la libreta, se puso ropa cómoda y calentita, pidió un yakimeshi mixto con tampico para cenar, no sin antes poner a todo volumen su música favorita. "Mientras descubro quién o quienes serán merecedores de entender mi mundo, lo disfruto yo solita", expresó en voz alta.

Y sonrió, sonrió con esa sonrisa de una chica con mucha suerte.



Alicia Ramírez

# Mas allá del universo

Berenice Ramírez

Eran las doce de la noche, cuando la mamá de Sara había llegado cansada de su trabajo, fue ahí que vio como Doña Lola, su suegra, estaba despierta, sentada en la sala vieja, tejiendo un cubre sillón de flores con estambre de varios colores, la mirada sin brillo, suspirando hacia la nada. En su hartazgo, la nuera, dejó caer su bolsa fuertemente en la mesa, haciendo que el ruido ocasionado perturbara cualquiera que fuera el pensamiento de la señora y para gritarle que no soportaba más seguir así, que se fuera a descansar que qué hacía a esas horas tejiendo sin importancia, queriendo disimular que no estaba esperando, sin esperanza. La suegra le comentó que efectivamente estaba esperando a Esteban, su hijo, para calentarle la cena, le había preparado los chiles rellenos que tanto le gustaban y unas tortillas de harina, pues lo más seguro es que llegara con hambre, y después de tanto tiempo quería recibirlo con su comida favorita. Las lágrimas inundaron las mejillas de la mamá de Sara, quien mientras se limpiaba el rostro se arrodillaba ante su suegra.

—Perdón por decirle esto Lola, pero Esteban ya no va a regresar. ¡Lo más seguro es que esté enterrado en el monte, que ya esté en un hoyo! Se lo llevaron a la fuerza y ni una señal, ya no lo espere más— gritó la mujer en su desesperación.

—Baja la voz, por favor, Sara puede escucharte.

—¡Pues que me escuché! —volvió a gritar— ¡su papá no va a regresar, está en el hoyo más oscuro que se pueda imaginar, perdido en la negrura de la muerte, en un hoyo negro, negro como nuestro futuro! —exclamaba la mujer, mientras en su rostro se observaba la rabia contenida por meses.

Doña Lola soltó el llanto. No quería escuchar, menos creer que su hijo estuviera en esas condiciones, pero la verdad era que hacía tres meses que lo habían levantado de su trabajo y nadie supo más de él, se hizo la denuncia ante las autoridades, pero estas solo han pegado algunos carteles de *Se busca*. Desde entonces todas las noches Doña Lola había salido a vender elotes en su puesto en la plaza y a los clientes que llegan les mostraba una foto y les preguntaba si sabían algo de él, mientras que Sara ahí en un ladito entregaba volantes con la ficha de *Se busca*. Entre sus sollozos, Doña Lola escuchó a Sara preguntarle a su mamá que qué hacía, fue ahí cuando vio salir a la mujer de la habitación con una maleta mal-hecha, tomar su bolso de la mesa, despotricar que ya no podía más y que se largaba a buscar un mejor futuro, antes de que ella también terminara en un hoyo negro, antes de que la desesperanza o las deudas que dejó Esteban, la aniquilaran. Como si yéndose todo lo que trae cargando se quedara ahí. Sara lloraba, no entendía que pasaba, mientras veía salir a su mamá a toda prisa y a su abuela detrás de ella, no entendía por qué su mamá se iba, por qué no la llevaba con ella o por qué no se despedía prometiendo volver. Doña Lola solo pudo contemplar como la figura de la mujer se iba haciendo más

pequeña conforme se alejaba con cada paso por una calle oscura, únicamente iluminada por la luna. Al entrar de nuevo a su casa vio a Sara, quién con la mirada llorosa le preguntaba a dónde iba su mamá. La abuelita abrazó a Sara y la llevó a dormir, sin poder decirle nada. Sara pensaba que la oscuridad le había quitado ahora a su madre. Así pasó el fin de semana, Doña Lola nunca volvió a tocar el tema frente a Sara, de por qué sus padres ya no estaban, pero cuando una vecina quiso saber qué había pasado esa noche, y por qué desde entonces no veía a la mamá de Sara, Doña Lola pensó que Sara no estaba escuchando y comenzó a contarle las desgracias de ese matrimonio y cómo su hijo hacía hasta lo imposible por complacer a una mujer tan mal-agradecida que no esperó a que regresara, que incluso lo enterró vivo en un hoyo negro. La vecina miraba con tristeza a Doña Lola, no podía decirle que su nuerca tal vez tenía razón, solo le dijo que si su hijo no regresaba era porque estaba en un lugar mejor. Ninguna se dio cuenta que Sara escuchaba desde su ventana. Al otro día, Sara llegó a la escuela con una historia de rompecabezas, que no la dejaba concentrarse en clase hasta que un tema llamó su interés. En la clase de Ciencias Naturales comenzaron a ver el tema del universo. Sara estaba emocionada, le gustaban las estrellas y la luna, pero la preocupación por sus padres seguía y se distrajo, hasta que la maestra mencionó los hoyos negros que hay en el espacio, Sara saltó de su banca y emocionada comenzó a preguntar si ese era un lugar real al que la

gente puede llegar, la maestra le explicó que los astronautas eran los que viajaban al espacio, en unas naves espaciales.

—¡Voy a ser astronauta!  
—dijo Sara muy emocionada y segura de sí misma—, porque mi mamá le dijo a mi abuela que mi papá está en un hoyo negro, y la vecina dijo que mi papá no regresaba porque estaba en un lugar mejor, y yo quiero ir por él, para que regrese mamá también.

Las risas de sus compañeros sonaron por todo el salón, algunos de sus compañeros cruelmente le dijeron que era una tonta por soñar con que su papá estaba en un hoyo negro de esos, que lo más seguro es que ya no iba a regresar porque ya no la quería. Ante la crueldad de sus compañeros Sara lloró, la maestra reprendió a aquellos que



Isabela Encinas



le dijeron eso, y le dijo a Sara que era muy buena idea de su parte ser astronauta, porque ellos vuelan por el cielo, entre las estrellas y podían visitar la luna. El resto del día, Sara estuvo muy triste, a la hora de la salida la maestra le pidió que la acompañara a la biblioteca, ahí le entrego un libro ilustrado: *Los secretos del universo para niños curiosos*. Sara le agradeció mucho por no burlarse de ella, también por no ser como otros adultos que dicen que su papá ya no va a regresar. Llegó la noche y Sara debía acompañar a su abuela a vender elotes, a ratos, como siempre, repartía los volantes de *Se busca* mientras observaba como la gente la miraba con lástima. A su corta edad ya había escuchado toda clase de comentarios, de gente insensible o demasiado sensible, que le decían al momento de tomar sus volantes que era una niña valiente porque seguía buscando un papá que no iba regresar, o un papá que se fue y que qué triste que la abandonó. Ella solo escuchaba y se enfadaba muy rápido, terminaba dejando los volantes enseguida de las servilletas, iba y se sentaba en una silla a refunfuñar los decires de la gente, con las cejitas fruncidas, así como otras noches. Ahí sentada Sara se puso a leer el libro que la maestra le había dado. Mientras la abuelita atendía clientes Sara leía y leía hasta que se quedó dormida y comenzó a soñar.

Entonces Sara, se vio a sí misma con un traje blanco con parches de la bandera y la luna, unos guantes enormes para sus manitas y un casco que aplastaba sus coletas. Dio un brinco para adentrarse en un cielo negro, con miles de luces de estrellas. Volaba, girando alrededor de los destellos, sintiendo cómo cada giro la enviaba más profundo en el universo, sentía que bailaba con la luna y las estrellas eran su público. Comenzaba a bailar con lo que creía era Júpiter, brincando a Marte, dando maromas en los meteoritos y brincando el cinturón de Orión cual juego del avioncito. De repente un enorme remolino le golpeó. Sintió como una fuerza descomunal la jalaba a la oscuridad, y por un momento sintió miedo, pero había leído en su libro como era un hoyo negro, y dejó de poner resistencia, se dejó absorber, sintiendo que la fuerza la zarandeaba como en los juegos de la feria, y reía mientras el hoyo negro la consumía pues sentía que estaba en una montaña rusa. No podía ver de tanta oscuridad, cuando de pronto una luz intensa la cegó por un momento, y su paseo en esa montaña rusa terminaba, cuando sus ojos se ajustaron a la claridad, pudo ver un campo lleno de flores, con pasto verde, un enorme árbol que daba una gran sombra y del que colgaba un columpio. Al pie del árbol vio la figura de un hombre, que estaba dormido y tenía un sombrero cubriendo su rostro, a pesar de eso ella estaba segura y gritó.

—¡Papá! —Aquel hombre se levantó y extendió los brazos para recibirla con un abrazo.

Por fuera, los clientes de Doña Lola, observaban a una niña sonriente que pareciera estar teniendo el sueño más bonito de todos.

# El gato ha muerto

Constanza Kaye

El gato ha muerto. Sí, la curiosidad lo mató: las preguntas latentes en la punta de su rasposa lengua lo traicionaron, pues no hay nada más vivo que la curiosidad que no alcanza el privilegio de la interrogación de largo aliento, aquella que se grita en escándalos dentro de un pobre gato de garras largas y barriga expuesta. Pero cuando la duda, la incertidumbre y el querer saber rebasan la mente, el cuerpo fallece, colapsa entre signos de interrogación.

Mucho antes de los grandes edificios que ahora sombrean la azotea en la que creció, con otros gatos compartía las alturas idóneas para platicar sin tener que gritar. “¡Ah, pero qué festín de porqués!” pensaba Rafael después de escuchar largas charlas. Sin bajar del tejado, lo conocía todo: los chismes de la abarrotería, los horarios de quienes paseaban por la cuadra, las nuevas pandillas de gatos, los gatitos recién nacidos de las parejitas alrededor, de cuántos perros escapan sus vecinos felinos, y las aventuras de quienes maullaban en lo profundo de la noche.

El retrato pintoresco de gatitos en los techos se acabó pronto al igual que la comunidad gatuna, pues no hay nada más tentador que las promesas de un edificio: altura, estatus, comodidad, silencio... ahora en la última casa, un único gato merodeando en el techo con los reflejos de los vidrios frívolos que rebotan sus propias ideas y formula preguntas que lo pierden en otras más sin responder. Y todos los gatos de la vecindad, desde arriba y en silencio, observan como Rafael articula ideas a medias en la soledad urbana del último tejado rústico. Pobre Rafael... él decía que todo lo que no dices muere contigo, pero no hubo nadie que le escuchara. Entre cemento, vidrio, metal, varillas y ruido de por medio, cualquier enunciado no es más que otra reverberación industrial que sin rumbo se convierte en contaminación sonora.

Todo empezó cuando dejó de hablar; las palabras se le resbalaban en confusión antes de querer pronunciarlas, hasta olvidar los sonidos que le corresponden a cada letra. Sin nadie que le recordara que las buenas ideas suenan con la voz, su mente comenzó a orquestar pensamientos abstractos y enredados que con un escándalo como el de la ciudad, adormecía su presencia, solamente dejando algo seguro en su cuerpo: el corazón. Sus pensamientos bombeaban el corazón con palpito de que todavía había algo en él: el querer saber qué había todavía en él.

De pronto, el pecho se le llenó de un movimiento vital. La pregunta. Pobre Rafael... antes muerto que la inquietud de su espíritu inquisitivo. Y en efecto, así fue, pues frente a un destello de tanta vida, no pudo más que trascender en su forma más primitiva: la curiosidad.

Para los pocos gatos asomados por encima del último techo austero, de cuando los tiempos tenían otro ritmo, los gatos trepaban árboles y abundaban respuestas, Rafael se acostó plácidamente en su tejado. No hubo nada más allá de tristeza, ni siquiera una pregunta, pues no había la necesidad de respuestas. Desde el más allá, arriba donde los edificios acababan, Rafael se encontró con todos sus amigos que lo recibieron sin saber de su(s) muerte(s).



Isabela Encinas

# Estática

Juan Miguel Bermúdez Ochoa

Hoy desperté de un sueño donde solo oía mi propia voz. Mi abuelo fue el que me metió esa idea en la cabeza. En el pasado era así, ninguna voz te indicaba las noticias del día o realizaba actividades tan simples como una llamada por ti. Antes existían dispositivos para hacer dichas actividades, como el teléfono o la televisión. Ahora ya no existen, no son aparatos que se encuentran comúnmente en los hogares, no más.

Cuando algo es sustituido por algo mejor, deja de ser útil, cuando deja de ser útil ya no es necesitado y si algo no es necesitado, deja de ser fabricado. Sucedió con la radio y el tocadiscos, luego fue la televisión y el teléfono, finalmente con la computadora y el celular. Los dispositivos evolucionaron a una velocidad inmensurable, se volvían más delgados, más compactos y más prácticos, hasta que dejaron de existir.

En la actualidad lo que encuentras en la sala de las personas es un proyector en el centro del techo, para ver contenido en familia y con amigos. Aunque eso ya no es necesario con el implante, ahora puedes sincronizarlo con los demás para ver lo mismo al mismo tiempo.

Siempre estamos conectados, no hay forma de apagarlo o modificarlo. Los implantan al nacer, no nos podemos deshacer de ellos. Es una voz constante que te despierta en la mañana a modo de alarma, te de las noticias, fechas importantes en tu agenda. También están las redes sociales, todo al alcance de un pensamiento. Si desconoces algo lo busca en un instante por ti, incluso mucho antes de que se lo pidas. Puedes realizar tareas de dictado y las escribe por ti en un documento. Todo queda almacenado en tu propio cerebro.

Claro que contiene anuncios y si deseas apagarlos tienes que pagar. El conocimiento ya no es poder, es valor monetario. Si quieres que tu hijo crezca con habilidades como tocar el piano o hablar varios idiomas existen los paquetes de conocimiento. No es lo mismo buscarlo en internet a que te den la enseñanza propia.

No existen trabajos que impliquen tareas que una máquina puede realizar. No hay dentistas humanos, ni arquitectos, ni maestros, ni abogados. Todo ya es realizado por la tecnología y las inteligencias artificiales.

Ya tampoco existen cines, ahora son proyecciones de 360° en tu cabeza. Puedes incluso oler y saborear lo mismo que el personaje. Es algo totalmente inmersivo, a excepción del tacto. Aún no lo desarrollan, aunque hay quienes creen que ya lo hicieron, pero que fue prohibido por ser bastante peligroso. Afectaba la percepción de la realidad. Si puedes ver, oír, oler, saborear y sentir una película, ¿qué comprueba que no es real?

Hoy desperté de un sueño donde solo oía mi propia voz. Ahora estoy comiendo mientras veo una película que se desarrolla en unas vías de tren. Puedo ver hacia todas direcciones el panorama completo de la escena, puedo escuchar el ulular del viento y el sonido de engranajes temblando y acercándose a gran velocidad, puedo oler el metal oxidado empapado con la humedad del día nublado y puedo saborear el café que el protagonista acaba de beber. Ahí viene el tren, justo hacía mí, se siente tan real, casi como si pudiera tocarlo, como si estuviera a punto de arrollarme y hacerme trizas.

Entonces la proyección se desvanece y me encuentro de nuevo en mi sala vacía. Un anuncio interrumpió mi película. Llegó la hora establecida por el gobierno de noticias para promover la lucha contra la ignorancia, no se puede quitar a menos que cuentes con una cuenta premium, el cual no es mi caso.



Ivonne González

Así que me toca tragar pura palabrería de una inteligencia artificial que emula diferentes voces para dar la sensación de una plática entre dos personas. Alguien menciona la palabra “impertérito”, desconozco su significado. Sin embargo, la voz en mi cabeza no tarda ni medio segundo en buscarla por mí en internet. “Dicho de una persona: A quien no se infunde fácilmente terror, o a quien nada intimida”, dice la voz.

Ni siquiera le pedí que realizara esa búsqueda. Leí una vez un libro distópico sobre un gobierno totalitario que observaba constantemente a sus empleados, pero lo único que no podían tener de ellos eran sus pensamientos, parece que la realidad siempre supera a la ficción.

Hoy desperté de un sueño donde solo oía mi propia voz. Eso es lo que nos queda a nosotros, aún no han descubierto cómo manipular los sueños de las personas. Si tan solo pudiera callar esa voz que me despierta cada mañana. Ni siquiera puedo disfrutar de la música sin que esa irritante voz la interrumpa.

Cuando anunciaron este implante, lo vendieron como la cura de la irremediable soledad del ser. No podría sentirme más solo que con esta cosa en mi cabeza. No tengo amigos que conozca físicamente, nada más son nombres e imágenes hechas de píxeles. ¿Cómo hacer amigos si no existe más la escuela o trabajos donde interactuar con alguien más?

A veces siento que mi vida no tiene sentido. Solo existo, tengo todo el conocimiento al alcance de un segundo de búsqueda, pero ni siquiera es mío. Si me quitaran este implante en mi cabeza no sabría ni expresarme correctamente porque corrige todos mis errores gramaticales sin que yo tenga tiempo de averiguar en qué me equivoque. Si la máquina ya hace todo por mí, ¿cuál es el propósito de mi existencia?

Hoy desperté de un sueño donde solo oía mi propia voz. ¿No ya había soñado con eso? Fue mi abuelo quien me metió esa idea en la cabeza. Ya falleció, pero si hubiera aceptado colocarse el implante, tendría todas sus memorias conmigo. Podría revivir cualquier instante de su vida. Era un hombre impertérito.

Hoy desperté de un sueño donde solo oía mi propia voz, otra vez. Empiezo a pensar que hay una falla en mí. No se supone que deba soñar lo mismo día tras día.

Hoy desperté de un sueño donde solo oía mi propia voz. Creo que soy un programa, no se supone que deba saber que soy un programa.

Hoy desperté solo de un sueño donde oía mi propia voz. Había estática, sonido blanco, muy semejante al sonido que hace una cascada. Infinitas gotas de agua chocando contra rocas. Fue tan deleitable, incluso más que la música. No hubo ninguna interrupción, ninguna voz que me indicara que debía despertar.

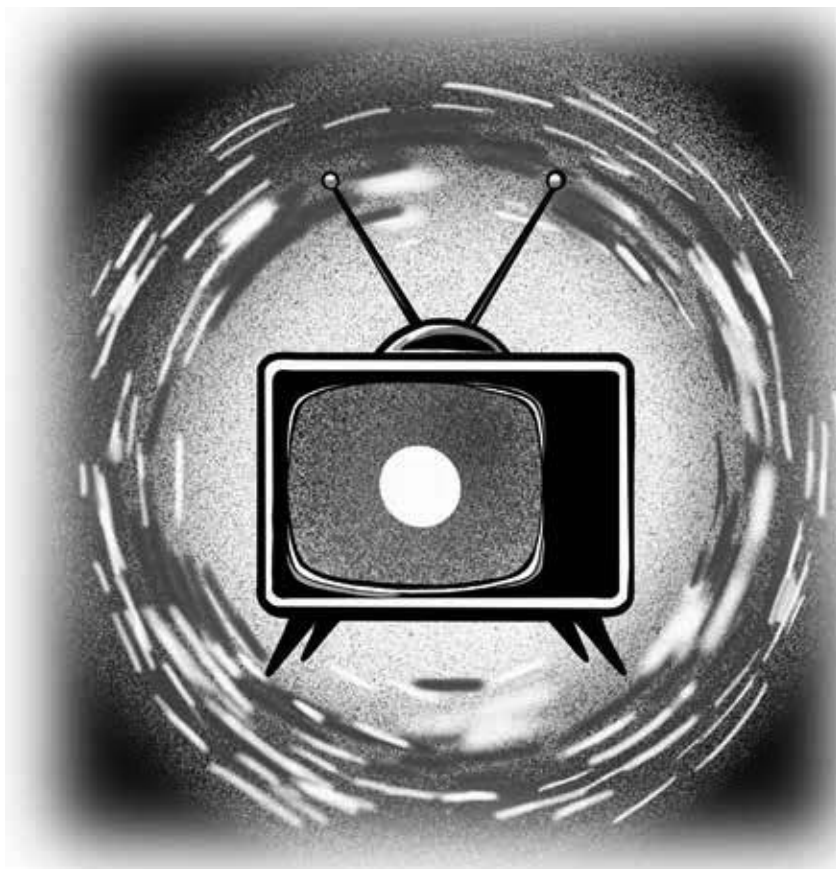
Sin embargo, desperté. Desperté de un sueño donde solo oía mi propia voz. Finalmente estoy completo, fui diseñado para brindarte la mejor

experiencia onírica. He llegado a la conclusión que es la estática. Estás harto de escuchar la misma voz en tu cabeza, sin embargo, te aterra el silencio absoluto.

Por lo que mañana despertarás de un sueño donde solo habrás oído tu propia voz. Pasado mañana puede que sea el mismo sueño, con ligeras alteraciones de eventos. Hasta llegar al sueño de la tranquilizadora estática.

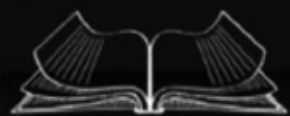
Espero disfrutes de nuestros servicios y recuerda: somos la cura contra la irremediable soledad del ser.

Fin del programa.



Ivonne González

## PRETEXTOS LITERARIOS POR ESCRITO



PRETEXTOS LITERARIOS  
POR ESCRITO

¡Revista Por Escrito te invita a explorar  
los siguientes puntos de distribución!

- **Universidad del Claustro de Sor Juana**
- **Hotel Isabel**
- **Museo del Estanquillo**
- **Museo Archivo de la Fotografía**
- **AECID**
- **Museo José Luis Cuevas**
- **Museo de la Mujer**
- **Antiguo Colegio San Ildefonso**
- **Museo Memoria y tolerancia**
- **Librería Educal, Bellas Artes**
- **MUNAL**
- **Casa Lamn**

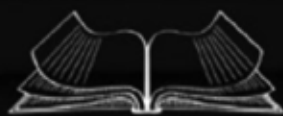
¿Interesado?

[CONTACTO@PORESCRITO.COM](mailto:CONTACTO@PORESCRITO.COM)





## PRETEXTOS LITERARIOS POR ESCRITO



PRETEXTOS LITERARIOS  
POR ESCRITO

*¡Revista Por Escrito te invita a explorar  
los siguientes puntos de distribución!*

- Casa del Poeta
- Restaurante Azul Condesa
- FCE, Rosario Castellanos
- Biblioteca Nacional de Antropología
- Museo Tamayo
- Centro de Lenguas Universidad Panamericana
- Biblioteca IBBY
- Centro Cultural Juan Rulfo
- COLMEX
- El Sótano
- Museo de la Acuarela

*¿Interesado?*

**CONTACTO@PORESCRITO.COM**



# Consejo Editorial

**Editora General**  
Cecilia Durán Mena  
cecilia@porescrito.org

**Editora Ejecutiva**  
Andrea Fischer

**Mesa de Edición y Arbitraje**  
Cecilia Durán Mena  
Virginia Meade (f)  
Andrea Fischer  
Fernando Corona  
Fernando Montoya

**Coordinación de Enlace  
y Relaciones Públicas**  
Iitzayana San Germán Ceceña

**Diseño Editorial**  
Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

**Foto de portada**  
*De pie*  
Constanza Kaye

**Radio**  
Cecilia Durán Mena  
Juan Carlos Padilla Monroy

**Producción del Programa de Radio**  
Isis Ayled González Martínez  
Natalia Cobo Torres  
Mariana Velázquez Uribe

**Cuarto de Guerra**  
Alumnos de la Universidad Anáhuac  
y Universidad del Claustro de Sor Juana

**Digital**  
[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)

**Contacto**  
[contacto@porescrito.org](mailto:contacto@porescrito.org)  
55 5575 0476



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número cuarenta y nueve. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-2022-111013495900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, Ciudad de México.

**Esta edición consta de 3,000 ejemplares.  
Circulación Abril-Mayo de 2024.**



También estamos en:



55 7378 8336



Radio Anáhuac 16.70 AM  
[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)

---

Por Escrito

## Ultimátum

*“La memoria del futuro es válida, pero me ha fastidiado, y estoy cambiando los finales de todos mis cuentos y novelas inéditos para modificar mi porvenir.”*

**Elena Garro**

*Los recuerdos de porvenir*



PRETEXTOS LITERARIOS

**POR ESCRITO**



[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)

Estamos empeñados en atrapar lectores...

**para NUNCA dejarlos ir**